

Carlos Riojas López, *Industria y estrategia económica en México, 1877-1992. El caso de Jalisco*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1999, 133 pp.

Alejandro Tortolero Villaseñor  
 Universidad Autónoma  
 Metropolitana-Iztapalapa

Los historiadores agradecemos a los economistas la elaboración y discusión de modelos económicos. Felizmente, ahora también los historiadores seguimos el ejemplo de los economistas y de colegas como Fernand Braudel, quienes se atrevieron a crear sus modelos. A partir de él, la buena historia económica no consiste sólo en aplicar modelos, sino en concebirlos tomados de una situación concreta y sin tratar de que los datos se enmarquen en los modelos.

Éste es un tema que me parece importante subrayar. Con Braudel, los modelos como el de la economía-mundo verificaron su utilidad en la investigación histórica. En efecto, en la introducción de los trabajos, en general observamos que investigar no es una errancia sino que la brújula que guía el trabajo son las experiencias acumuladas, la memoria teórica. De allí la importancia de una correcta revisión

historiográfica y de una puesta en perspectiva del trabajo.

B. Lepetit señala en uno de sus artículos de método que frente a las diversas posibilidades interpretativas de un modelo, la ausencia de un paradigma unificado priva al investigador de todo punto de referencia fuerte. Sin embargo, el investigador no está desprovisto de brújula, lo que funciona entonces es *la memoria teórica* (conceptos, métodos, procedimientos de observación ya utilizados); su reapropiación crítica por el investigador, constituye el instrumento de vigilancia metodológica. Cfr. B. Lepetit, "Une logique du raisonnement historique (Note critique)" en *Annales. ESC.*, núm. 5, 1993, pp. 1209-1219.

De la misma manera, en el trabajo de Carlos Riojas encontramos que en su primer capítulo, "El modelo primario exportador, 1877-1910" no aplica acríticamente modelos diseñados para explicar realidades nacionales o continentales, sino que los discute y observa la pertinencia de su aplicación —esperemos que en su obra mayor ya veamos una propuesta propia. Por ello, nos presenta las características del modelo primario exportador del porfiriato:

- Economía sustentada en actividades rurales y explotación de recursos naturales.

- Concentración de capitales y recursos en ciertas ramas de la economía dirigida a mercados internacionales, por consiguiente, con una débil demanda interna y con fuertes desigualdades sociales que se reflejan en un crecimiento del ingreso, pero no del salario.
- Existencia de una estrecha relación económica y social entre el capital extranjero y las élites pre-capitalistas.
- Explotación intensiva de la fuerza de trabajo en los sectores agrícola y minero y aprovechamiento extensivo de los recursos naturales.
- Clases dominantes: agro-minero-comerciales.
- Estado autoritario.

Dicho modelo, que el autor señala finalmente citando a Ricardo y Malthus, se basa en las ventajas comparativas que establecen que un país técnicamente más avanzado se encuentra en situación de suministrar manufacturas a un país más atrasado tecnológicamente, de forma tal que lo deseable para ambos sería la de especializarse en la producción del bien que les proporcione mayor ventaja, sí es válido en México, en cambio no es aplicable al caso de Jalisco.

En efecto, el autor demuestra que a nivel nacional el ferrocarril sirvió para desarrollar el modelo primario exportador durante este periodo, y por ello afirma: “el sector exterior de México se

convierte en el gran motor de crecimiento del producto interno bruto” (p. 37). Los minerales y metales preciosos representan casi dos tercios de las ventas al exterior, mientras que los productos agrícolas son responsables del tercio restante.

Aquí se echa de menos la discusión actual en lo relativo al papel de los ferrocarriles para crear un mercado interior y los errores metodológicos que se han encontrado en las tesis de Coatsworth. En efecto, ahora sabemos que los ferrocarriles no sólo sirvieron para vincularnos con el exterior, y que en esta apreciación existía un error metodológico de Coatsworth señalado por S. Kuntz. El autor comete el error de clasificar como productos minerales aquellos destinados, por ejemplo, a la industria de la construcción, y con ello el sesgo es importante, como Kuntz lo ha demostrado a escala nacional.

Esto hubiera servido al autor para argumentar su hipótesis de que Jalisco no se encontraba integrado al modelo de crecimiento de México basado en una economía productora de bienes de origen agrícola, materias primas y metales preciosos para la exportación. Lo que caracteriza a Jalisco es más bien:

a) la predominancia de una agricultura y comercio desarrollados a escala regional;

b) la resistencia de las élites al régimen porfirista;

c) la relativa articulación de su espacio productivo y

d) una débil presencia de la actividad industrial.

Aquí está entonces un primer elemento que me parece importante resaltar: el de la discusión crítica de los modelos y no el de su aplicación a pie juntillas.

Esto tiene que ver, a mi juicio, con un segundo elemento: el auge de la historia regional. Este auge se relaciona con los cambios en las prácticas de la investigación. Las historias nacionales demostraron tener errores graves por no integrar los conocimientos de las regiones y por apoyarse en estimaciones dudosas. Por ejemplo, la afirmación de que en México 97% de la tierra estaba en manos de 3% de la población fue recogida por Jean Meyer, quien con base en los resultados de sus investigaciones regionales, los cuales mostraban la proliferación de los rancheros en el bajío, encontró que las estadísticas nacionales estaban sesgadas, debido a que no integraban más que dos categorías en 1895: peones y agricultores, mientras que en 1910 se integró la categoría de hacendado, originándose el error que todos conocemos. Por ello, no podemos seguir estudiando al país en su conjunto, sino a través de la escala regional,

y tomando en cuenta algunos problemas que conviene señalar: la historia regional; por ejemplo, a diferencia de países como Francia, donde cada día se hace menos historia regional, en México hemos pasado de un *boom* de la historia regional, a una etapa de estabilidad que muestra que no sólo ha sido una moda pasajera. Esto se puede observar en el número de publicaciones (la colección "Regiones" del Conaculta ha producido ya casi 40 títulos, para mencionar un ejemplo) en los centros de investigación y en los estudiosos ocupados de esta disciplina. Esta situación es sin duda resultado de una larga tradición de estudios regionales que adquieren un formidable vigor con el trabajo de Luis González, *Pueblo en vilo*, que constituye una formidable ruptura con las historias regionales escritas antes de la suya; ello debido a varios factores: el juego de escalas (de lo local pasa a lo regional, lo nacional y hasta lo universal; la llegada del Cometa de San José de Gracia es comparable al pasaje del año 1000 descrita por Duby en Europa); el rigor para construir una historia en varios niveles (demográfico, geográfico, económico, social y político) y, lo que no es menos importante, una historia estetizante, donde el gusto por la lectura se recupera en cada pasaje.

Esta forma de hacer historia, además, nos mostró una serie de debilidades de la historia nacional (por ejemplo, en lo tocante a la estructura agraria que acabamos de comentar) nos permitió el pasaje al proceso experimental (por el juego de escalas y el manejo de datos); nos mostró sus descubrimientos (la participación de los indígenas en el mercado) etcétera. Con todo, los peligros que esta forma de hacer historia conlleva no pueden estar ajenos a nosotros: el marco de lo regional es muy variado (Van Young); el problema del pasaje de lo regional a lo nacional es muy difícil (diferencias de métodos, de fuentes y de intereses), y un largo etcétera.

Esto es lo que el autor hace en el segundo capítulo, "El modelo de sustitución de importaciones en México: el caso de Jalisco". Aquí, después de hacer una presentación crítica del modelo de sustitución de importaciones, el autor presenta algunas características de la región de Jalisco en el periodo. Por ello, en analogía con el modelo nacional, Jalisco presenta una fuerte centralización de la industria en la capital, donde Guadalajara aparece casi como la única protagonista, y donde el capital extranjero hace sus inversiones. La industria que se crea es, en principio, en la década de los años treinta: una actividad transformadora de productos de

origen agrícola. En la década siguiente aparece la fabricación de productos de consumo básico, destinados, en su mayor parte, al mercado regional. En este proceso de industrialización, sin embargo, a diferencia de lo que pasa en el resto del país donde el excedente agrícola y las exportaciones sirvieron para generar la industria, en Jalisco la fuente más importante de financiamiento para la inversión en el sector es el ahorro. Con base en este ahorro se crearon tres tipos de industria:

1. La pequeña industria: un híbrido donde pueden coexistir relaciones capitalistas y trabajo familiar destinado al mercado local.

2. La industria mediana, con trabajo asalariado y mercado regional.

3. La gran industria de empresas multinacionales con producción para distintos mercados, pero con poca presencia del Estado.

Después de esta presentación, el autor concluye que, a pesar de que el sector industrial no es predominante en Jalisco, existe un "nivel aceptable de industrialización", donde la industria alimentaria aparece en primer plano. En una economía nacional "semiindustrializada", en 1970 la industria jalisciense participaba con 30.38% del PIB, mientras que la media nacional era de 33.44 por ciento.

En la tercera parte del libro, "Hacia una nueva estrategia de industrialización", el autor continúa con la misma forma de presentación, que consiste en contrastar los modelos generales con la particularidad de Jalisco. Entonces se trataba de comentar las nuevas estrategias de industrialización que surgieron a raíz de la ruptura estructural de los años ochenta. Si en el marco nacional se buscaba modernizar, aumentar la productividad, lograr una apertura comercial, privatizar las empresas paraestatales, exportar manufacturas y estimular la inversión del capital extranjero al crear empresas maquiladoras como la llave maestra del desarrollo industrial, en Jalisco encontramos que la crisis de los años ochenta no tuvo tanta fuerza, gracias a la flexibilidad de su industria y a su heterogeneidad. Algunos indicadores que muestran esta situación son la menor reducción en el número de obreros en el sector industrial que el promedio nacional y, en segundo lugar, el tiempo trabajado, el cual presentaba también un marco más favorable que el nacional.

En cambio, en sincronía con el marco nacional, desde 1972 en Jalisco también surgieron las industrias maquiladoras, gracias a las condiciones ventajosas del Estado: el nivel educativo de la fuerza de trabajo; la diversificación de la estructura económica; la

larga tradición de pequeñas unidades de producción industrial, y la juventud de sus pobladores, especialmente del sexo femenino. Por ello, surgen las maquiladoras de exportación, pero fuera de la zona metropolitana de Guadalajara, como en el corredor industrial de El Salto.

Finalmente, en sus conclusiones Riojas vuelve a trazar las grandes líneas del crecimiento económico de México entre 1877 y 1992, es decir, desde el modelo primario exportador hasta las maquiladoras. Como esto ya lo hemos presentado en las líneas anteriores, quisiera más bien finalizar con dos comentarios: primero, en lo relacionado con la forma, y luego acerca del contenido del texto. Se aprecia que el libro está bien editado, pero se echa de menos la gráfica 20 que prometen en la página 92 y no aparece en el libro, lo mismo que algunos galicismos que son fácilmente traducibles (*chef d'oeuvre*, *amenagement*, etcétera). Si pasamos al contenido, me gustaría plantearle una duda al doctor Riojas, de entre las muchas que se desprenden del libro (aquí quiero mencionar que un buen libro no sólo resuelve problemas, sino también plantea dudas): si bien el periodo de sustitución de importaciones fue importante para el desarrollo industrial, éste mismo anuncia que tradicionalmente se ubica el despegue industrial

alrededor de 1940, pero afirma con gran perspicacia que esto no significa que sea necesariamente correcto. Aquí me parece que existe un tema de discusión. México contaba con fábricas modernas y mecanizadas de vapor desde 1836. Ésta era una etapa muy temprana, tomando en cuenta que en Estados Unidos, las fábricas textiles similares aparecieron en 1814. Aún más, las fábricas de Lowell, Massachusetts, que después fueron muy importantes, se construyeron al mismo tiempo que La Constancia, en Puebla; Japón creó su primera fábrica textil en 1880: la pregunta entonces es ¿por qué no hubo un crecimiento industrial sostenido? Ini-

ciamos un crecimiento industrial bastante pronto, en un momento en que se pensaba que México era relativamente rico y poblado, a pesar de los problemas del llamado periodo de anarquía (gobiernos frágiles, bandolerismo, carencia de un mercado interno debido a los malos transportes, etcétera), la industria avanzó, aunque fue durante el porfiriato que se dio un gran impulso, y cuando surgieron los gigantes industriales. Se asume tradicionalmente que fue en la época de sustitución de importaciones que alcanzamos el desarrollo industrial. Creo que aquí el problema es ver por qué nos retrasamos.